



Desclée De Brouwer

José M. Castillo
LA ÉTICA DE
CRISTO

5ª edición

JOSÉ M. CASTILLO

LA ÉTICA DE CRISTO

5^a edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. UNA ÉTICA DESCONCERTANTE	17
2. LA HUMANIDAD DE DIOS	27
3. “JESÚS SE FUE A GALILEA” (Mc 1, 14)	39
4. “PASÓ HACIENDO EL BIEN” (Hech 10, 38)	49
5. “NO TIENEN VINO” (Jn 2, 3)	65
6. LO PRIMERO ES LA VIDA, NO LA RELIGIÓN	79
7. “SE ME CONMUEVEN LAS ENTRAÑAS AL VER A ESTA GENTE” (Mc 8, 2)	95
8. “LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS” (Mc 10, 31)	115
9. ÉTICA DE OBLIGACIONES, ÉTICA DE LA FELICIDAD ..	135
10. JESÚS Y EL DINERO	151
11. JESÚS Y EL PODER	183
12. JESÚS Y EL PURITANISMO	205
CONCLUSIÓN: ÉTICA Y MÍSTICA	225

INTRODUCCIÓN

La ética es uno de los grandes temas del momento. Incluso se puede decir, con todo respeto, que la ética se ha puesto de moda. Con sus matices particulares, por supuesto. Pero el hecho es que hoy la ética interesa cada día a más gente. Más aún, los temas relacionados con la ética están a la orden del día y en boca de todos. Bioética, caridad mediática, acciones humanitarias, salvaguarda del entorno, moralización de los negocios, de la política y de los medios de comunicación, debates sobre el aborto, el acoso sexual, correos rosa y códigos de lenguaje “correcto”, cruzadas contra la droga y lucha antitabaco... Como se ha dicho muy bien “la ética se ha convertido en el espacio privilegiado donde se descifra el nuevo espíritu de la época”¹. Más todavía, sin exageración de ningún tipo, se puede asegurar que, en este momento, la ética se ve como un asunto más importante y más urgente que la dogmática. Y, desde luego, parece bastante claro que la ética tiene hoy más tirón que la espiritualidad y que la mística.

No hay que hacer ningún esfuerzo mental para persuadirse de que las cosas están así. Un ejemplo muy claro, que confirma lo que acabo de decir, es lo que está ocurriendo en España y, en general, en los países de la Unión Europea. Los grandes temas, que hoy apasionan a los hombres de la religión y de la política y que trascienden ampliamente a la opinión pública, son casi siempre temas que rozan los comportamientos éticos o que entran de lleno en el ámbito de la ética. Son los

1. G. Lipovetsky, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 2005, 9.

temas que aparecen, de una forma o de otra, en las portadas de los diarios y de los informativos. Los temas de los que hablan cada día los obispos y los políticos. Los temas que mucha gente debate en la calle y en las tertulias de todo color y de cualquier pelaje. Me refiero a cuestiones como el debate sobre las células madre, el aborto y la eutanasia, los problemas relacionados con la moral del sexo y de la familia, los matrimonios gay, el uso del preservativo, la fecundación *in vitro*, la libertad religiosa, la enseñanza de la religión en la escuela pública, la financiación de las distintas confesiones religiosas, la laicidad del Estado y un largo etcétera que siempre termina conectado con problemas éticos o que entra de lleno en ellos.

¿Qué nos viene a decir todo esto? ¿Es positivo o negativo? ¿Es alentador o preocupante? Hay *dos hechos* que, según creo, son innegables. *En primer lugar*, hace poco más de cincuenta años, los grandes problemas teológicos, que se vivían y se discutían apasionadamente en el cristianismo, eran sobre todo *problemas dogmáticos*: la cristología, la eclesiológia, la escatología, la antropología teológica, en la que fue determinante el debate sobre el problema del “Sobrenatural”. Pero hoy, en contraste con lo que acabo de decir, los temas teológicos que ahora se discuten y apasionan son sobre todo *problemas morales*, los temas relacionados con la ética, que acabo de apuntar de forma muy resumida. *En segundo lugar*, hace unos cincuenta años, en el cristianismo (tanto católico como protestante) había una generación de *grandes teólogos* cuyos nombres perduran, y quedarán por mucho tiempo, como los hombres geniales que han hecho posible la renovación de la teología cristiana. Hoy escasean las grandes personalidades teológicas y no parece exagerado decir que la teología se ha empobrecido de forma alarmante. Nombres como Bultmann, Barth, Bonhoeffer o Tillich, en el protestantismo; o como Rahner, Congar, De Lubac o Von Balthasar, en el catolicismo, ya no se encuentran. Ni hay trazas de que se vayan a encontrar a corto o medio plazo. Al decir esto, no pretendo insinuar que la dogmática tenga más categoría que la ética. Me limito a constatar un hecho que está a la vista de todos.

Por supuesto, yo no pretendo analizar aquí por qué ha ocurrido este hecho tan perjudicial para la Iglesia. Eso necesitaría, no uno, sino varios estudios serios y voluminosos. Lo que a mí me interesa, al escribir este

libro, no es que hay un creciente interés por los problemas éticos. Eso es excelente. Y lo ideal sería que ese interés vaya en aumento. Lo preocupante, como es lógico, no es eso. Lo que preocupa está en *los problemas éticos que se plantean, que interesan y a los que se quiere dar respuesta*. Pero no sólo eso. Sobre todo, resulta preocupante *el tipo de respuesta que, con frecuencia, se quiere dar* a los problemas planteados.

Me explico. Este libro lleva por título *La ética del Cristo*. Es, por tanto, un libro que va dirigido a personas a quienes Cristo les dice algo. Y confieso que lo primero, que a mí me preocupa en esto de la ética, es que hoy se plantean, como acuciantes, unos problemas y se buscan unas soluciones que, con demasiada frecuencia, poco o nada tienen que ver ni con lo que hizo ni con lo que dijo Cristo. Pero, ¡atención!, mi preocupación no arranca de un determinado interés “confesional”. Todo lo contrario. Lo que a mí me pone nervioso es que pretendamos dar, a los problemas morales que hoy se plantean, soluciones que Jesús nunca hubiera dado. Soluciones que se parecen más a las recetas de los escribas y fariseos que al comportamiento desconcertantemente libre que adoptó Jesús en su pueblo y en su tiempo. Esto, ante todo.

Pero hay algo que me parece más fundamental. Como es lógico, hoy se plantean cuestiones muy serias de índole moral a las que sería estúpido buscar una respuesta directa e inmediata en los evangelios. Es evidente que, por ejemplo, muchos de los problemas relacionados con la bioética no pueden tener solución echando mano solamente de lo que dijo Jesús. Esto lo entiende cualquiera. Pero, si eso es cierto, no es menos verdad que también puede ocurrir que a los problemas de la bioética les busquemos soluciones que, no solamente nada tienen que ver con el Evangelio, sino que, a veces, parece que son soluciones dictadas por una persona cuya escala de valores está en las antípodas del espíritu y de la letra del mensaje de Cristo. En este sentido, yo me pregunto: a los problemas que hoy plantea la bioética, ¿se pretende responder desde *la defensa incondicional de la vida* o desde *la defensa incondicional de las normas que dicta la religión sobre la vida*? Es evidente que no es lo mismo lo uno que lo otro. Y de sobra sabemos que, a veces, lo uno entra en contradicción con lo otro. Porque es bien sabido que, en ocasiones, las normas religiosas entran en conflicto con la vida. La pregunta que hizo Jesús en la sinagoga, cuando curó al hombre de la mano seca (Mc 3, 4

par), iba claramente en esa dirección. Como hoy se puede (y se debe) preguntar si las normas que dictan algunas religiones sobre el sexo o la violencia no merecen que les preguntemos a quienes dictan semejantes normas si están realmente a favor o en contra de la vida.

Todo esto ya es como para preocuparse. Pero no es lo más inquietante en todo este asunto. Lo peor de todo, me parece a mí, es que *la ética va demasiadas veces a remolque de intereses que nada tienen que ver con la ética*. Me refiero concretamente a intereses políticos y económicos. Lo cual es explicable. Porque, con frecuencia, la política y la economía no son precisamente ejemplares. Por eso, tanto los hombres de la política como los de la economía, tienen que buscar legitimación en planteamientos éticos, para justificar lo que hacen o dejan de hacer. Y confieso que, a mi manera de ver, resulta comprensible que la gente del poder y del dinero intenten maquillar sus decisiones presentándolas con el disfraz de una cierta justificación ética. Pero también es cierto que, por eso mismo, los profesionales de la ética tendrían que asumir, como tarea primordial, el esfuerzo por desenmascarar las turbias utilidades de la ética, que tantas veces hacen los políticos y los capitalistas, de criterios y valores que ellos se inventan y nos proponen como los supremos valores que hay que salvaguardar a toda costa. Por ejemplo, todos sabemos que últimamente se viene utilizando la mentira para legitimar la violencia. La gente de la política hace esto con más descaro cada día. Y lo sorprendente es que muchos moralistas de oficio no dicen ni media palabra sobre cosas tan escandalosas como peligrosas para la vida.

Pero lo más chocante, en todo esto, no es que los hombres de la política y los hombres de la economía manipulen los principios éticos y los presenten de acuerdo con sus intereses. Lo más insoportable es que los hombres de la religión se dediquen, muchas veces, a la misma tarea. Hasta el punto de que, tal como se están poniendo las cosas, es cada día más incomprensible el hecho de que, efectivamente, *la ética va a remolque de intereses extra-éticos*. Por ejemplo, los privilegios (económicos, legales, sociales, educativos...) que las religiones pretenden arrancar a la administración del Estado, ¿son éticos o no lo son? ¿se pueden justificar desde el punto de vista de una ética que apela a Cristo o no tienen nada que ver con eso? En España, sin ir más lejos, los representantes de la Iglesia se afanan por mantener privilegios que inevitablemente lesionan

la igualdad de derechos de todos los ciudadanos. Con lo cual se lesiona también la imagen pública de la Iglesia ante grandes sectores de la opinión pública. Pero es significativo que, para justificar tales privilegios, quienes los buscan y los defienden suelen echar mano de la filosofía, de la historia, del derecho internacional... Raramente aducen el ejemplo de Jesús o apelan al Evangelio. ¿No será porque en el Evangelio no encuentran justificación para sus manejos? Realmente no lo sé. Pero, en cualquier caso, es una pregunta que hay que hacerse con honestidad y libertad. Más aún, con la misma libertad y la misma honestidad, también es necesario preguntarse por qué ocurre, tantas veces, que los planteamientos éticos, que se imponen en los ambientes eclesíasticos, son precisamente los planteamientos que más convienen a la derecha política. Con el evangelio en las manos, ¿se justifica éticamente esa forma de proceder y la orientación que, en ese sentido, se le ha dado a la Iglesia?

Ampliando más el horizonte de esta introducción, hay que afrontar los problemas que plantea la orientación general que ha tomado la ética en los últimos años. Resumiendo este complejo asunto hasta el máximo, se puede afirmar que se ha acelerado el proceso de secularización de la moral hasta disolver socialmente su forma religiosa: *el deber mismo*. Y así, hemos entrado en lo que se ha denominado “la época del posdeber” (G. Lipovetsky). Como dice este mismo autor, “en esto reside la excepcional novedad de nuestra cultura ética”². Nuestra sociedad, lejos de exaltar las órdenes superiores, las órdenes del deber y de la obligación, los banaliza, les quita crédito y consistencia, disuelve y desautoriza el valor de la renuncia y el sacrificio y se dedica a estimular los deseos inmediatos, la felicidad intimista y materialista, la pura diversión sin más. No parece exagerado afirmar que nuestras sociedades han liquidado los valores sacrificiales, ya se trate de valores ordenados a la “otra vida” o, más bien, de valores con finalidades profanas. Lo que importa y lo que a la gente le preocupa no es el *deber*, sino el *bienestar*³.

Ahora bien, al llegar a este punto, estamos tocando la aportación que, a mi manera de ver, puede hacer este libro. En él se trata de ayudar, a quien lo lea, a car en la cuenta de que la gran aportación de Jesús

2. *El crepúsculo del deber*, 12.

3. Cf. O.c., 12.

y del cristianismo primitivo estuvo precisamente en *superar la ética del “deber”, para llegar indeciblemente más lejos, hasta la ética de la “felicidad”, la felicidad y el bienestar para todos y no sólo para unos pocos privilegiados por un sistema criminal.* En la medida en que esto es verdad, ya no estamos ante la ética de la ley. Porque, si es cierto que la ley produce la obligación y genera el deber, el primer punto que define el modelo ético elaborado por el cristianismo antiguo consiste exactamente en la reinterpretación de la ley desde la vida, la muerte y la resurrección de Cristo⁴. Y esa reinterpretación de la ley lleva derechamente, como sabemos, a la libertad que es *conditio sine Qua non* para que sea posible un verdadero amor. Con lo que nos situamos en el centro mismo de la ética de Cristo. Las consecuencias que este planteamiento entraña para nuestra situación actual y nuestros problemas de hoy, he ahí la temática que pretende desarrollar el ensayo que aquí presento.

4. E. Fuchs, *L'Étique chrétienne. Du Nouveau Testament aux défis contemporains*, Ginebra, Labor et fides, 2003, 151.